

UNA IGLESIA QUE CRECE HACIA DENTRO Y HACIA FUERA

JUAN BAUTISTA ROBLEDILLO ORTEGA

MIEMBRO DE LA 2ª COMISION

Al hacer una breve reflexión sobre mi experiencia en el Sínodo, quisiera en primer lugar dejar constancia de mi agradecimiento a Dios y al Señor Obispo por haber podido vivir y participar en este acontecimiento eclesial de primer orden en la Diócesis de Canarias.

Mirando hacia atrás recordando esas intensas jornadas sinodales me atrevo a resaltar dos aspectos, entre otros muchos que podrían señalarse, que han dejado cierto peso en mi alma.

Destacaría en primer lugar, para empezar con lo más externo y tangible, el ambiente de cordialidad, de diálogo, de escucha, de sentido positivo. En definitiva, un clima de verdadera fraternidad y buen humor empaparon aquellos días de trabajo, a veces duro, y aquellos ratos de pasillo y de descanso. Pero estos detalles aparentemente superficiales revelan algo mucho más profundo e importante: durante el Sínodo, la Iglesia de la Diócesis de Canarias (representada en esos días por los sinodales junto al obispo) ha crecido en espíritu de familia, hemos hecho familia. Ojalá pudiera llegar a decirse con verdad que todos los cristianos que componemos la Diócesis formamos una sola familia, un solo corazón y una sola alma (cfr. Hech. 4, 32) y no sólo en el sentido espiritual sino también en su aspecto humano: que seamos un poco más acogedores, comprensivos, serviciales..., cariñosos. Así crece la Iglesia hacia dentro.

En segundo lugar me llamó la atención el alto nivel de participación en las sesiones de trabajo, especialmente de los laicos. Era bien patente el interés, la dedicación, la sensibilidad ante los problemas pastorales concretos, y el esfuerzo de tantos y tantas. En esas intervenciones latía un espíritu apostólico propio de una comunidad eclesial viva.

En consecuencia, quedan reflejadas en las Constituciones Sinodales numerosas iniciativas y puntualizaciones apostólicas y de orientación social que ayudan a despertar inquietudes y facilitar que todos los miembros de la Iglesia comprendan y vivan, cada uno desde su carisma, los diversos caminos vocacionales y, en especial, la opción preferencial por los pobres.

Se intuye un verdadero espíritu apostólico, de preocupación por los graves problemas de la sociedad, pero sin quedarse en una mera dimensión horizontal, en un barniz superficial de inquietudes sociales, sino fundamentado en una verdadera unión con Dios. Esto queda manifiesto en la propuesta 015, la más votada del Sínodo, en la que se afirma rotundamente que “todos los cristianos estamos llamados a la santidad y al apostolado” y en la respuesta a esta llamada está la eficacia de todo trabajo eclesial, tanto de sacerdotes, religiosos o laicos. Así crece la Iglesia hacia fuera.

Juan Bautista Robledillo Ortega